

Roosevelt, la Corte Suprema de Justicia y don...

Viene de la tercera página

Alvarado Quirós debe considerarse como una falta de respeto a su «arca santa». La Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos ha vuelto la doctrina de la Soberanía popular en algo así como una sopa hecha con la sombra de una paloma que hubiese muerto de hambre.

También el Presidente Grant al tratar de hacer algunos cambios en el servicio civil, se enfrentó al poder de la Corte.

Y ya en los años del imperialismo yanqui la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos ha seguido gobernando de modo que los intereses y privilegios de los grandes trusts sean los que prevalezcan, declarando inconstitucional toda medida que tienda a disminuir los beneficios de los poderosos. La Corte Suprema de Justicia ha declarado inconstitucionales: las leyes dictadas por el Congreso de los Estados Unidos para regular horas y condiciones de trabajo, salarios, las obras de protección o de organización de los obreros. En general, la Corte, esta «arca santa» de don Alejandro Alvarado Quirós,

ha proclamado inconstitucional cualquier ley que beneficie a las masas trabajadoras de aquel país.

En su discurso radiográfico del 9 del corriente, pronunciado en la Casa Blanca, atacó Roosevelt la constitución actual de la Corte Suprema de Justicia, porque considera que se opone al progreso de la nación, ya que actúa como una super-legislatura y resulta no un cuerpo judicial sino un cuerpo que hace política. Dijo que deseaba la independencia del poder judicial, pero no un poder tan independiente que pueda negar la existencia de los hechos universalmente reconocidos. Añadió que quienes se oponen a su plan de reforma son precisamente los mismos que durante la reciente campaña trataron de oponerse al mandato del pueblo y que ahora siguen la estrategia de consumir tiempo y matar el proceso de reforma y retardar la legislación que ese mandato exige (véase «Diario de Costa Rica» del 10 de marzo de 1937.) Quisiéramos en este mismo artículo analizar las fuerzas que han llevado a los nueve jueces

de la Corte a ocupar un lugar en esta banca que es como un trono desde la cual ordenan y mandan en aquel país los poderosos intereses de los reyes del petróleo, del hierro, de los ferrocarriles, etc., de los Estados Unidos. Pero se haría muy largo y preferimos dejar para mejor ocasión un esbozo de algunos de estos Nueve Viejos que don Alejandro considera sagrados: Charles Evans Hughes, el Presidente de la Corte que ha llegado a ocupar tan alto puesto por el camino grisiente y oloroso a petróleo de la Standard Oil; Hughes, el juez que de cuando en vez tiene gestos liberales; Owen J. Roberts, el baby del grupo con sus 61 años, el que ve «rojo» hasta en la Hostia del Altar; abogado de monopolios monstruosos, servidor fiel de la Compañía de ferrocarril de Filadelfia Transít C^o; Pierce Butler de 70 años y conciencia facista y Willis Van Devanter de 77 años, ambos fieles servidores de poderosas compañías ferroviarias; los viejos reaccionarios James Clark Mc Reynolds de Tennessee, tan despiadado con los muchachos negros de Scottsboro, como amable con los poderosos monopolios del Sur y el juez Sutherland político de Utah, protegido por la iglesia de los Mormones; Luis Brandeis, de 80 años, que quisiera que el mundo volviera al tiempo de la libre competencia; Harlan Stone, de 64 años, que forma un trío con Brandeis y Benjamín Cardozo de 66 años, trío que es la parte más humanitaria del cuerpo judicial, pero que casi siempre está en minoría.

El Partido Comunista de los Estados Unidos ha apoyado el proyecto del Presidente Roosevelt, por considerar que es una ventana por la cual puede entrar aire fresco en esa cámara en el que la vejez vela con tanto amor por los intereses de los trusts poderosos. El proyecto de Roosevelt puede dar paso a muchas leyes beneficiosas para la clase trabajadora de aquel país.

RINCON LITERARIO

Las entrevistas de TRABAJO

La vida detrás de un mostrador Con un dependiente de tienda

Es claro que no hemos ido a hacer esta entrevista en la tienda donde trabaja nuestro interlocutor. El patrón no lo habría permitido.

Hace como unos 30 años que el entrevistado por nosotros trabaja en esta tienda.

La tienda ha cambiado de dueño varias veces, pero el permanece en su puesto detrás del mostrador. Nos cuenta que allí ha hecho las canas que blanquean su cabeza y la úlcera que le come el piloro.

Es pues, a las escondidas que hemos urgado en su vida de empleado de comercio. Un dependiente no tiene para decir lo que piensa, más libertad que un maestro de escuela bajo la despótica soltería de Lilito o que un policía.

Habla de un modo medroso y amable, como si estuviera ante un cliente bajo la mirada del amo. Nos parece extraño verlo ante nosotros de cuerpo entero; siempre lo hemos visto detrás de un mostrador y hablamos olvidado que tiene piernas. En general los dependientes dan ideas de autómatas compuestos de cabeza, tronco y brazos que corren y se arriesgan como movidos por un resorte a lo largo de los mostradores.

Nosotros conocemos al patrón. Es un español chiquitillo, rubicundo, regordete, con tres papadas colgando de la cara, que nunca se lava los dientes y que echa sobre uno un tufo a cebolla revuelto con vino y cosa podrida. Vino al país jovencillo como un pobre diablo, sin segunda camisa que ponerse, pero ahora está con los «rebeldes», y dice que Franco es un superhombre que va a salvar a España de esa canalla comunista que pretende que no hallan ricos y pobres sino que todos vivan bien, como si para que unos reguelden no tiene que haber otros que ayunen. Ha olvidado completamente cuando se vino de España huyéndole a la miseria y entró como dependiente en una pulpería y el sueldo apenas le alcanzaba para hacer una comida al día; y cuando estuvo sirviendo en un gran almacén en el que

los dueños tenían más consideraciones con el perro que cuidaba la bodega que con él. Ahora él y su mujer son grandes defensores del rey Alfonso y se creen parientes de duques y marqueses españoles. La mujer es también pequeña y gorda, rellena de carne y de infulas. Cuando van juntos hacen pensar en aquellos mapas mundi en donde campean los dos hemisferios del globo terráqueo.

En el almacén logró a fuerza de servilismo ganarse los patrones. Y robándose a éstos y economizando hasta en lo más necesario, reunió unos cuantos miles con los que compró una pulpería. En este comercio no fué tampoco muy escrupuloso y robó también a los clientes en las pesas y medidas. Casó con la hija de un compatriota caricero que más tarde compró una tienda. Durante la guerra el suegro hizo negocios poco limpios con el gobierno y luego quebró fraudulentamente. Más tarde el yerno con el producto de las picardías de su suegro y las suyas propias apareció siendo dueño de misma tienda.

Nuestro entrevistado nos habló así de su patrón:

—Es un hombre feroz con sus dependientes. Seguramente como él era un hombre tan poco escrupuloso cuando fué dependiente, cree que todos somos lo mismo. Y estos son otros tiempos. Cuando mi patrón era subalterno, los mismos dependientes metían dinero en la gaveta. Ahora, con las registradoras, sólo los muy atrevidos pueden coger algo. Hay que oírlo cada tarde al hacer la caja y que falten dos o tres colones... ¡Mi madre! Se para de arriba a abajo como una fiera enjaulada y nos mira con unos ojos que quisieran ser más poderosos que los rayos X para escarbarnos entre el peccamiento. Hay que oírlo echando coños y ojos y gritando que los costarricenses somos una manada de ladrones. Bueno, y Ud. sabe que él se puso de acuerdo con unos altos empleados de la Aduana para meter contrabando y robarle al fisco. Por cierto que con esto ha hecho magníficos negocios... Pero eso no es robar...

Nuestro interlocutor suspira con alivio como si estuviera dando paso a una represa que hubiese tenido apretada en alguna parte de su cuerpo sin dejarlo respirar bien. Luego continúa:

—Ud. sabe lo que es soportar este martirio por años? Que casi todas las tardes, con excepción de los domingos, le juzguen a uno ladrón sin haber robado un cinco, y esto después de haber estado de pie, corriendo todo el santo día con la sonrisa en la boca, aguantando muchas veces hasta las ganas de orinar y bajo la mirada desconfiada de un pícaro cargado de plata?

—¿Y cuántas horas trabaja al día?—preguntamos

—10 horas en tiempo corriente y 14 y 15 horas en diciembre.

—¿Y cuánto les pagan?

—Yo gané ciento cincuenta, pero mis compañeros ganan menos; uno ciento veinte colones y otro noventa. Figúrese lo que esto se le vuelve a uno con mujer y cuatro y cinco hijos....

—¿Y en tiempo de fiestas? en diciembre, les reconocen el sobrecargo de trabajo?

—No, y al que no le gusta que así como él nos ayuda a ganarnos la vida, debemos nosotros ayudarlo en las ventas de fin de año. Pero lo peor de todo es el desprecio con que nos trata y esa suspicacia diaria, esa idea de que uno en todos los momentos le está robando... ¡Y qué falta de consideración! Tal vez esa vida que me he llevado yo durante treinta años de estar todo el día parado, tragándome los bocados a la hora de la muerte, y luego salir corriendo, me ha producido una úlcera en el piloro. A veces tengo unos dolores muy fuertes, pero no tengo derecho ni de sentarme. ¿Quién se va a sentir si allí está ese condenado viejo metiéndole a uno con los ojos unas espuelas en el cuerpo...? Hay que sonreírle al cliente, hay que ayudarlo a él a hacer dinero... Hace poco se le murió una muchachita al compañero que gana noventa colones; se le murió por falta de médicos... Pues ha de creer que este hombre no ha querido darle nada más que la mañana del entierro? Dijo que era día sábado, día de mucho movimiento y ¡qué coño! que nadie tiene a los pobres echando hijos al mundo. A la infeliz cajera le exprime bien los treinta colones que le paga. ¡Un colón diario por estar sentada desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche! Ahora hay una fixquita y feuchita que le impuso la mujer. Antes era una muchacha guspa a la que perseguía el viejo baboso. Y ella se lo aguantaba porque necesitaba ganar algo.

Luego hay que fingir que somos partidarios de los rebeldes. En noviembre, cuando los de «La Tribuna» tomaron a Madrid a punta de sirenas, quiso quedar muy bien con don Mariano Álvarez Melgar, de quien es gran amigo, lo que él tiene a gran honra, y nos echó afuera ese día. Por cierto que puso un gran rótulo en la puerta que decía: «Cerrado por júbilo.» Cuando se convenció que «La Tribuna» no había logrado tomar Madrid con sus heroicas armas, me mandó a mí a despegar el papel...

Nosotros nos quedamos contemplando a este dependiente que entró de quince años a servir en el comercio, que ahora cuenta 52. El pobre ha envejecido detrás de un mostrador. Una vida de bajar piezas de género, piezas de cinta, de medir con su vara, de sonreírle al cliente... Se ha pasado lo mejor de su existencia aguantando hasta las horas de orinar. Ahora tiene una úlcera en el piloro y la única ventaja que ha sacado de tanto trabajar es que a la hora de estar enfermo y a la hora de enterrarlo la Sociedad de Socorros Mutuos de Empleados de Comercio le mandará un médico, le pagará unas medicinas que saben muy feo y le costará los gastos de entierro. Vivió en un país que decían que era república, pero jamás tuvo otra libertad que la de escoger entre obedecer ciegamente a patrones groseros y ambiciosos e irse a la calle.

De la Vida del Partido

En el trabajo de la reorganización celular

El siguiente es el balance resumido del trabajo de reorganización celular:

Radio R; Deficiencias de bulto en el trabajo de las células N^o. 3,4,5, responden con eficiencia los militantes de estas células a las convocatorias del Comité Seccional y de sus respectivos secretarios generales. El trabajo se recarga en un número reducido de compañeros: no existe trabajo colectivo; falta disciplina; no se han orientado aun en la discusión colectiva del órgano del Partido. Cumplieron estas células las instrucciones que le giró el Comité Seccional en un trabajo concreto de barrio, rectificando a tiempo algunos errores de táctica. Pero es necesario que no se detengan aquí.

Célula No. 1—Trabajo muy deficiente no asistieron los militantes de esta célula a la convocatoria hecha para el miércoles de la semana que termina. Tiene la célula ya más o menos delineado su plan de trabajo. Pero no existe cooperación, disciplina y trabajo colectivo. Quedan convocados para el lunes a las 8 p. m.

Célula No. 6—Es necesario que el compañero Secretario General en esta célula pase por la Secretaría General a la mayor brevedad.

Radio A. Célula No. 1—Comienza esta célula a trabajar con buena orientación. Los militantes de la célula tienen con raras excepciones disciplina y principios de trabajo colectivo. Cumplieron las instrucciones en un trabajo concreto de barrio. Tal vez sea necesario que rectifiquen algunos errores de táctica.

Radio C. Célula No. 1—Existe un grupo compacto que ha mantenido la unidad de la célula. Se reúne regularmente, tienen ya un esbozo verbal de su plan de trabajo. Habiendo unidad y disciplina, es seguro que comenzará a trabajar bien.

Célula N. 2 B.—Se encuentra en los militantes de esta célula entusiasmo y disciplina en el trabajo. Comienzan a realizar una buena labor de barrio. Les falta en cambio un poco de ideología, falla que el Comité Seccional se preocupa por superar.

Radio D. Célula Guadalupe.—Desarrolla esta célula una labor eficiente en el sentido del trabajo campesino. Se reúne con regularidad, informando al Comité Seccional de sus sesiones. Se procura por la asistencia de capacitadores a los distritos campesinos. Por su iniciativa, se reorganizó la célula de San Francisco. No tiene aún su plan de trabajo concreto, que le llegará en breve.

Un Poema de Jef Last

Jef Last es el mejor poeta revolucionario holandés de hoy, secretario de la Alianza Antifascista Holandés. Este poema que traducimos fué escrito en el frente de Navalperal, donde Jef Last ha combatido como miliciano del 5^o Regimiento, deteniendo la causa de España.

CASI niños aún, bello, serenos,
van cantando a la muerte estos muchachos.
Y su irse desahogando poco a poco
tan sólo es comparable al de la aurora.

Cuando en el viento surcan, spagándose
sus últimas canciones,
es entonces igual que si sus ojos
fueran preciosas flores pisoteadas.

Así los corazones más hermosos
por la fatididad humana han muerto.
De los sangrientos campos españoles
llega pura, a nosotros su llamada.